Ese espirituoso concierto satisface mi ansiedad, pero hace derramar lágrimas tiernas que despiden perfumes tan suaves que solo un espíritu lo percibe. Casi mueren sin haber vivido, se exhalan sin cruzar la atmósfera....

Pero ¡triste de mí! pasa el sueño, tropiezo con la pared de esta cárcel, y entonces el corazon llora. ¡Llora de amargura! el alma gime, excita la piedad! ¡y no hay quien la tenga! todos la ven y la oyen, nadie la comprende, y con burlona y estrepitosa carcajada exclaman: ¡Delira! ja! ja! ja!

Entonces por una lente veo al mundo.... lleno de cádaveres!.... y á mi vez exclamo: he ahí el mundo: ¡polvo! ¡miseria! ¡nada! ja! ja! ja! Y es cierto, todo es.... ¡delirio!

Mayo 5 de 1853.—Delio Jagson.

EPIGRAMA.

¿Pero es posible, doctor,
Decia un jóven con tristeza,
Que semejante belleza
No sepa lo que es amor?
—Es posible y muy posible,
No lo tome usted á broma;
Es una flor sin aroma....
—No siga usted.—Inservible.
—¡Qué lástima! A tal edad.....
Increible me parece:
—Es, jóven, porque adolece....
—¿De qué, doctor?—De frialdad.

Mosqueton.

PENSAMIENTOS.

Si eres pobre, no añadas á tu miseria la afliccion de pedir prestado y contraer deudas.—Amyot.

La debilidad entorpece, las pasiones extravian, los vicios exterminan.—Saint-Martin.

UN MISANTROPO.

->>>>\$\$\$\$\$

Nacido en Inglaterra, he pasado mis primeros años en un país extranjero y mas setentrional. No tenia yo hermana ni hermano; mi madre murió cuando aun estaba yo en la cuna, y tuve por único preceptor, por único camarada á mi padre. Era el hijo menor de una casa antigua y noble. El motivo que lo obligó á abandonar su patria y sus amigos, á abjurar de la sociedad y á vivir sobre una roca, daria por sí solo materia para una historia que nada tendria de comun con la mia.

Pero estoy seguro de que la relacion que voy á haceros, tendrá suficientes derechos á vuestra atencion para que sea preciso dar una historia extraña como introduccion á la mia, ó como un medio de excitar el interés sobre los acontecimientos que ella contiene.

He dicho que mi padre vivia sobre una roca; en efecto, todo el país de las cercanías parecia estar formado de rocas. Eran desiertos tristes, áridos, solitarios, árboles desmedrados, céspedes marchitos, cavernas á través de las cuales los negros torrentes que jamás habian visto el sol ó las estrellas sino por las horribles grietas de las rocas superiores, proseguian mugiendo su curso tumultuoso; montes tallados á pico y coronados de eternas nieves, guaridas de pájaros nocturnos, cuyos gritos discordantes hacian subir una música terrible hasta el cielo, bastante frio y estéril para soportar á las nubes en su vasta extension, gris y lúgubre:

—tal era el aspecto del país donde transcurrió la lánguida primavera de mi vida. El clima que en las provincias mas favorecidas de*** hace suceder á un invierno de nueve meses, tres meses de un estío brusco y sin otoño, ese clima parece que jamás variaba en la dulce y amable region donde estaba colocada mi casa. Algunas veces y por espacio de unos cuantos dias, la nieve derretida corria á los valles, se hinchaban los torrentes y una especie de vegetacion azul, lívida y contranatural, aparecia para derramar una sonrisa gazmoña sobre algunas partes de la roca universal; pero allí fueron los únicos estíos que conocí en mi juventud.

Mi padre se entregaba al estudio de la física, y en las otras materias no poseia mas que una instruccion muy limitada. Me enseñó todo lo que sabia; el resto de mi educacion lo debí á la naturaleza, que dió á mi corazon de una manera salvaje, silenciosas pero profundas lecciones. Enseñó á mis piés á que saltasen y á mi brazo á que hiriese; dió vida á mis pasiones y cubrió de tinieblas mi carácter; me enseñó á prendarme de ella bajo su forma la menos atractiva y á alejarme de cualquiera otra sociedad, de la amistad de los hombres, de la dulce sonrisa de las mujeres y de la voz aguda de la infancia; me enseñó á huir de las esperanzas, de los vínculos y á buscar todo aquello que portenece á la existencia humana como un sufrimiento y una maldicion. Aun sobre aquella roca soberbia y bajo aquel ingrato cielo, tenia yo goces desconocidos para el estragado habitante de las ciudades, ó para aquellos que buscan la felicidad en una atmósfera aromática y en un país de rosas. ¿Cuáles eran esos goces? Ellos tomaban mil formas y se variaban de mil maneras diferentes, pero no tenian mas que un solo nombre: ¿cuál era ese nombre? ¡La soledad!

Tenia yo diez y ocho años cuando murió mi padre. Puesto bajo la proteccion de mi tio, debí volver á Londres. Llegué allí, grave y austero, hecho un gigante en cuanto á los miembros y la fuerza, y en la opinion de los que me veian, un salvaje en cuanto á las maneras y el humor. De buena gana se habrian burlado de mí; pero yo les infundia miedo. Hubieran querido cambiarme; pero yo efectué un cambio en ellos: helé sus placeres y arrojé una nube en sus reuniones. Aun cuando hablase yo poco, aun cuando permaneciese en medio de ellos silencioso, solitario y pasivo, mi presencia parecia contristarlos; nadie podia vivir conmigo, ni sentirse feliz á mi lado, ni aun siquiera estar con comodidad. Lo noté y los aborrecí porque no podian amarme. Tres años trascurrieron; salí de la menor edad, pedí mi patrimonio, y desdeñando la vida social, tomé la resolucion de viajar por esas comarcas inhabitadas y remotas que tal vez otros descubrieron antes que yo, pero de las que nadie ha vuelto para describirlas. Me despedí de todo el mundo, de mi tia y de mi primo, y cuando llegué á mi tio, que era el que menos me habia amado, le estreché la mano con tanto cariño, que estoy seguro que aquella mano tan blanca y tan delicada quedó incapaz para volver á desempeñar sus funciones acostumbradas.

Comencé mi peregrinacion por los ardientes arenales; atravesé los vastos desiertos, penetré en los inmensos bosques del Africa, aun no hollados por una planta humana y donde ninguna voz de hombre ha perturbado la grande y sublime majestad que se cierne en aquellas vastas soledades como se cernia en el caos antes de que existiese el mundo. Allí la naturaleza primitiva nace y perece; las convulsiones del mundo que la rodea ni la perturban ni la cambian; la semilla se convierte en árbol, el árbol vive durante muchos siglos, cae en seguida, se pudre y desaparece; allí el tiempo camina lentamente sin que haya un testigo de sus grandes y mudos cambios, si no es el leon errante ó aquella monstruosa serpiente cien veces mas mayor que ese pequeño boa que los viajeros tienen orgullo de haber visto. Alli, acostado al abrigo de los ardientes rayos de un sol de mediodía, bajo una sombra espesa, oia yo repentinamente un ruido de pasos como los de un ejército en marcha ó como la caida de los mas grandes árboles, y á través de las ramas entrelazadas, veia yo pasar terrible al behemoth, con los ojos ardiendo como soles, con sus dientes blancos, colocados circularmente y que brillaban en su horrible boca como las columnas de estaláctitas en una caverna; veia yo á ese monstruo que solo habita aquellos desiertos, y que después que las

aguas abandonaran esta tierra construida con tanto arte, jamás se ha mostrado á otros ojos que á los mios. Las estaciones pasaban y no las contaba yo. Los trabajos del hombre no me ayudaban á distinguirlas, ni se me habian hecho odiosas por los cambios de su abyecta vida ó por las señales de su sórdida labor. Las estaciones pasaban y mi juventud se maduraba, y mi edad madura comenzaba á emblanquecerse con las primeras nieves de la vejez; entonces sentí unos movimientos inquietos y vagos, y en medio de la locura de mi corazon me dije: ¡Quiero contemplar otra vez las facciones de mi raza! Retrocedí pues, atravesé la soledad, volví á entrar en las ciudades, me volví á poner el traje de los hombres, porque hasta aquel momento habia yo corrido desnudo por el desierto, y mis cabellos, que dejé crecer, me servian de vestido. Me dirigí á un puerto de mar y me embarqué para Inglaterra.

A bordo de la embarcacion habia un hombre, el único que no evitaba mi compañía y que pareció no asustarse de mis sombrías miradas: era un ser ocioso y lleno de curiosidad, de estravagancias, y que afectaba la importancia de los que habitan las grandes ciudades; un hombre de aquellos para quienes la conversacion es un elemento indispensable del espíritu. Formaba un tejido de pequeños y triviales pensamientos, universales, irritantes é insoportables. La única bajeza que no tenia, era el miedo. Era tan imposible dominarlo, como reducirlo al silencio y evitar su presencia. Me buscaba sin cesar; era para mi como un cáustico que ninguna fuerza humana es capaz de arrancar; mi alma desfallecia cuando lo encontraban mis ojos. Producia en mí el mismo efecto que esos animales que nos espantan y á quienes despreciamos el mismo tiempo, porque su solo aspecto nos inspira un disgusto invencible. Yo sentia un deseo vehemente de extrangularlo siempre que me dirigia la palabra. Mas de una vez me ví tentado de precipitarlo al mar y entregarlo á los tiburones que nadaban dia y noche en derredor del buque; pero cien miradas estaban fijas en nosotros, me contenia yo, volvia la cara y cerraba los ojos, porque mi corazon se sublevaba contra mí; jy al

abrirlos otra vez, lo encontraba todavia á mi lado, y su voz pronta y aguda heria desagradablemente mis oidos!

Una noche me despertaron los gritos y juramentos de la tribulacion; corrí al puente: habiamos encallado. Era aquel un terrible espectáculo, ipero muy bello! La luna brillaba tranquila y serena; el mar dormia en un lecho de zafir, y en medio del silencio y del reposo general, itrescientos cincuenta seres vivientes estaban condenados á perecer para el mundo! Me senté á un lado, miré lo que pasaba, pero no quise ayudar en nada. Una voz resonó en mi oido como el silbido de una vívora: era mi perseguidor: la luna iluminaba su rostro, y en su boca se pintaba la sonrisa odiosa de la embriaguez; brillaron sus ojos de un azul pálido, y él me dijo: "¡Ni aun aquí nos hemos de separar!" Mi sangre se heló en las venas, y lo habria yo arrojado al mar; pero la luz de la luna caia sobre él y no me atreví á matarlo.

Entre tanto, no queriendo yo quedarme en el navío para perecer con la turba, me lancé á las olas y eché á nadar hácia una roca. Ví un tiburon que me perseguia; pero conseguí librarme de él, y pocos momentos después ya tenia con qué saciarse. Oí un crugido, gritos confusos de desesperacion; era la desesperacion de trescientos cincuenta corazones, que un minuto después quedaron en horrible silencio; y yo dije para mí con profunda alegría: "¡Su voz estaba en el número de las otras; ya nos separamos!" Gané la ribera y me dormí.

Al dia siguiente por la mañana mis ojos al abrirse contemplaron un país mas hermoso que los sueños de un griego: el sol
acababa de solir y juguéteaba en arroyuelos de plata y entre el
follaje de los árboles cargados de frutos de oro y de púrpura; el
rocío brillaba como diamantes sobre un césped cubierto de flores,
de las que el mas ligero perfume estaba lleno de delicias. Diez
mil pájaros cuyo plumaje ofrecia todos los matices del arco-iris,
se elevaron del seno de las yerbas y de los matorrales para llenar el aire con sus melodias; el mar, cuya superficie no ofrecia
ya ni un vestigio del desastre de la noche pasada, murmuraba á
mis piés; el cielo, de una perfecta pureza y bañado de una luz
brillante y líquida, enviaba á mi frente sus frescas brisas. Me

levanté tranquilo y con el corazon aligerado; recorrí la nueva mansion que habia yo encontrado, trepé á una alta montaña desde donde ví que estaba yo en una pequeña isla, la cual no ofrecia ninguna señal de habitacion humana, y mi corazon se regocijó, y en medio de mi felicidad exclamé: "¡Ahora volveré á estar solo!" Bajé de la montaña; aun no habia llegado al valle cuando noté un hombre que se adelantaba hácia mí. Lo miré y el corazon me dió un vuelco. El se me acercó mas, y entonces descubrí que mi despreciable enemigo habia escapado de las ondas. Se me acercó con su insoportable sonrisa y con su mirada brillante y me echó los brazos al cuello: mas bien hubiera yo querido que una serpiente me hubiese enlazado con sus repugnantes anillos; él me dijo con aquella voz tan áspera y desagradable: "¡Ah, amigo mio! ¡todavía estaremos juntos!" Yo lo miré frunciendo las cejas pero sin decirle una sola palabra. Habia allí una gran caverna cerca de la playa; bajé á ella, entré, y el hombre me siguió. "¡Vamos á ser muy felices, me dijo; no nos separemos jamás!" Mis labios se contrajeron y apreté los puños involuntariamente. Eran las doce, tenia yo hambre; salí, pues, y maté un ciervo que llevé á la caverna, y del que asé una parte en una hoguera de aromática leña: el hombre comió riendo; pero yo hubiera querido que se hubiese ahogado con los huesos, y cuando concluyó me dijo: "Vamos á tener aquí muy buena mesa." En cuanto á mí, continué guardando silencio. Al cabo se tendió en un rincon de la caverna y se acurrucó. Ví que su sueño era profundo, y entonces salí é hice rodar una enorme piedra hasta la boca de la caverna, después de lo cual me dirigí hácia el lado opuesto de la isla: ¡á mí me tocaba entonces reir! Busqué otra caverna, y cuando la hube encontrado, me preparé en ella un lecho de musgo y hojas secas, labré un trozo de madera para hacerme una mesa, y extendiendo la vista á lo lejos, ví delante de mí el ancho mar y dije: "¡Ahora ya estaré solo!"

Cuando amaneció salí de nuevo y cacé una cabra, que preparé como el dia anterior; pero no tenia yo hambre y no pude comer, de manera que me puse á recorrer la isla: cuando volví ya iba á ponerse el sol. Entré á la caverna y ví á aquel hombre á quien creí haber enterrado vivo, sentado sobre un lecho delante de mi mesa. Se rió al verme y abandonó el hueso que roia.

—¡Ah! dijo, habeis querido jugarme una mala partida: pero habia en la caverna un agujero que no advertísteis y he salido por él para ir en busca vuestra. No he tenido mucho trabajo en encontraros porque la isla es muy pequeña; ¡y ahora que estamos otra vez reunidos no nos separaremos jamás!"

Entonces dije á aquel hombre: "Levantaos y seguidme."

Se levantó, y los alimentos que dejaba se me hicieron odiosos, porque él los habia tocado. ¿Será preciso que este ser recoja lo que yo siembre? pensé en mi interior; y me parecia que el corazon se me volvia de fierro. Subí á una roca elevada: "Mirad, le dije; ya veis ese riachuelo que divide la isla en dos; vos habitareis de aquel lado y yo de este; pero no debe contenernos el mismo lugar ni satisfacer nuestras necesidades la misma mesa.

"Eso no puede ser, dijo el hombre, porque no estoy en estado de cazar el ciervo, ni de lanzarme tras la cabra de las montañas; si no me dais de comer, moriré de hambre."

"¡No hay aquí frutas, dije yo, y pájaros que podeis coger con liga, y peces que el mar arroja sobre la arena?"

"Pero no me gustan tanto como la carne del ciervo ó de la cabra, dijo el hombre riendo."

"Mirad, pues, le contesté, mirad; cerca de aquella piedra gris, en la ribera opuesta del rio, pondré todos los dias un ciervo ó una cabra para que tengais los alimentos que os agradan; pero si alguna vez atravesais el rio y entrais en mis dominios, os mataré,

tan seguro como que el mar muge y el pájaro vuela."

Bajé de la roca y conduje al hombre al borde del riachuelo.

"No sé nadar," dijo. Entonces lo tomé en hombros, atravesé el agua y le busqué una caverna; le hice una cama y una mesa como la mia, y me separé de él. Cuando estuve en mi lado dí un salto de alegría y exclamé: "¡Ahora sí ya estaré solo!"

Dos dias pasaron, durante los cuales estuve verdaderamente solo. Pero al tercer dia salí á caza; el calor era insoportable, y cuando volví á mi caverna me sentí fatigado. Al entrar ya estaba el hombre tendido en mi lecho. "Ya estoy de vuelta, me dijo. Estaba yo tan triste en mi soledad, que vengo otra vez á vivir con vos."

Miré à aquel hombre frunciendo las cejas, y le dije: "Os mataré, tan seguro como que el mar muge y el pájaro vuela." Lo tomé en mis brazos, lo levanté de mi cama y lo llevé fuera de la caverna; allí me detuve sobre la arena y delante del ancho mar. Un temor se apoderó repentinamente de mí; me impresionó el aspecto silencioso de la soledad. Si hubiésemos estado delante de mil personas, lo hubiera yo matado en presencia de todas. Y ahora temblaba, porque nos hallábamos solos en el desierto, con el silencio y con Dios. Solté mi presa: "Jurad, le dije, que no me volvereis á molestar de nuevo; jurad respetar los límites de nuestras respectivas habitaciones, y no os mato."—"Yo no puedo jurar, respondió el hombre; mejor quiero morir que pronunciar un juramento falso ante el rostro sagrado de un hombre, aun cuando ese rostro sea el de mi enemigo."

A estas palabras se encendió mas mi rabia; lancé al infeliz contra el suelo, puse mi pié sobre su pecho y mi mano sobre su garganta. El se defendió; dijo algunas palabras, y después.... jhabia muerto! Yo me estremeci, y al fijar la vista en su rostro, me pareció que se reanimaba. Creí ver sus ojos frios y azules clavados en mí, su espantosa sonrisa renacer en su boca, y sus manos, que en las convulsiones de la muerte se habian llenado de arena, extenderse hácia mí. Volví á pararme sobre su pecho, en seguida cavé un agujero y enterré allí el cuerpo: "¡Ahora dije, ya estaré solo al fin!" Y entonces tambien, la verdadera sensacion del aislamiento, esa sensacion vaga, sin objeto, privada de todo consuelo, se apoderó de mí; me estremecí, cada miembro de mi gigantesco cuerpo temblaba, como tiembla un niño en la oscuridad; mis cabellos se erizaban y se detuvo el curso de mi sangre; no hubiera yo querido estar un momento mas en aquel sitio aun cuando me rejuveneciese. Eché á correr y crugia los dientes cada vez que llegaba yo cerca del mar; porque hubiera yo deseado encontrarme en un desierto sin límites para poder huir eternamente. Al caer la tarde, volví á mi caverna; me senté en una esquina de mi lecho y me cubrí el rostro con las manos; creí percibir ruido, levanté los ojos y ví en la otra extremidad de mi lecho al hombre á quien habia yo muerto y enterrado. Allí estaba, á seis piés de mí; me hizo una seña con la cabeza, me miró lánguidamente y se echó á reir. Yo me lancé fuera de la caverna, penetré en un bosque y me arrojé al suelo; y allí, frente á mí, á seis piés de mi rostro, estaba todavía el rostro de aquel hombre. Recobré mi valor y le dirigí la palabra, pero no me respondió. Quise cogerlo, pero se me escapó, colocándose como antes, á seis piés de mí. De nuevo me arrojé al suelo, oculté mi rostro entre el césped y no quise cambiar de posicion hasta que llegase la noche y las tinieblas envolviesen la tierra. Entonces me levanté y volví á la caverna. Me acosté en mi lecho y el hombre se acostó delante de mí; quise otra vez cogerlo, pero no pude; cerré los ojos y el hombre permaneció acostado junto á mí. Pasó un dia y otro dia, y siempre lo mismo. En la mesa y en el lecho, en la caverna y fuera de ella, de dia y de noche estaba aquel objeto horrible, y muerto siempre á seis piés de mí. Y al ver aquel campo tan hermoso, aquel cielo tan sereno, dije volviéndome á mi terrible compañero: "¡Ya no podré estar solo jamás!" Y el hombre se echó á reir.

Al fin, llegó un navío, lo llamé, me tomó á bordo. Cuando puse el pié en la cubierta me dije: "¡Ahora me escaparé de mi perseguidor!" Pero en aquel momento lo ví subir al puente tras de mí; quise empujarlo al mar, pero fué en vano: permaneció á mi lado comiendo y durmiendo conmigo, lo mismo que antes. Volví á mi país natal, me mezclé en la turba, frecuenté los festines y me hice rodear de treinta hombres que velaban de dia y de noche á mi lado. Pero en vez de treinta tuve treinta y un compañeros; habia allí uno mas asiduo que los demás.

Al fin me dije: "Esto es una ilusion, un error de los sentidos y la cosa no existe mas que en mi imaginacion. Consultaré á los hombres versados en esta clase de enfermades, y entonces...... volveré á estar solo."

Mandé llamar á un doctor célebre en el arte de curar los extra-

víos del espíritu; le exigí el juramento de guardar mi secreto y en seguida le conté mi historia. Era un hombre sabio y lleno de valor; prometió aliviarme.

_"¡Dónde está ahora la fantasma? dijo sonriendo; no la veo."

Y yo respondí: "A seis piés de mí."

—"No la veo, d'jo él; y si fuese un ser real, mis sentidos percibirian su imágen tan palpable como los vuestros." Me hablaba lógicamente. Yo no argüí ni repliqué; pero dí órden á los criados que preparasen un cuarto y que cubriesen el pavimento con una gruesa capa de arena. Hecho esto, dije al doctor que me siguiera á aquella cámara, cuya puerta cerré con llave. "¿Dónde está ahora la fantasma?" repitió. Yo le dije: "A seis piés de nosotros como antes." El doctor sonreia. "Mirad al suelo, le dije mostrándole un punto de él; ¿qué veis?" El doctor se estremeció y tuvo que apoyarse en mí para no caer. "¡Esta arena, me dijo, estaba unida cuando entramos y ahora veo huellas humanas!"

Me rei, y llevé mas lejos á mi compañero el vivo. "Mirad, le dije; á medida que avanzamos, ¿quién nos sigue?"

El doctor apenas podia respirar: "¡La huella, dijo, de esos piés humanos!"

"¡No podeis, pues, curarme? exclamé en un acceso repentino de desesperacion; ¿será preciso que jamás esté yo solo?"

Y ví que los piés del objeto muerto trazaban en la arena estas palabras:

"La soledad solo es para los desconocidos; los malos pensamientos nos acompañan por un espacio de tiempo, las malas acciones son nuestras compañeras por toda la eternidad. Tu odio me ha hecho violar tu soledad; tu crimen ha destruido la soledad para siempre."

E. L. BULWER.

(Traducido para la CAMELIA.)

LA FLOR DE LUISA.

Qué flor no se marchital ZORRILLA.

EN una tarde de abril Salió Luisa á la ventana, Fresca, pura y mas lozana Que la rosa del pensil.

En sus ojos el amor Violento se revelaba, Y en su seno se ostentaba Una flor; ¡pero qué flor!

Era una flor en boton, De perfumes impregnada; Era una flor delicada, ¡Bella como una ilusion!

Flor no hallada en el vergel De las mas brillantes flores, Que excitaba á los amores Cen su aroma y con su miel.

A su semblante risueño Tan bien esa flor sentaba, Que cada cual aspiraba A ser de la jóven dueño.